

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 20 DE FEBRERO DE 1921

NÚM. 19.360

HISTORIAS
NOVELESCAS

LA MANO DE LA ABADESA POR PEDRO DE RÉPIDE

EN un convento de Bernardas recolectas de esta corte hallábase hasta hace poco, entre los de otras reverendas preladas que autorizaban con su efigie los blancos muros de la sacristía, el retrato de una antigua abadesa que presentaba su diestra mano como requiriendo el homenaje de un beso, y bien mirada, parecía que su ademán se encaminaba tan sólo a mostrar la cicatriz de una ancha herida.

Extraña era en la cándida mano de la monja aquella señal tan profana, más propia de jaque soldado en los tercios del rey o en las milicias de la bribia. Aquella fué en el siglo una dama de alto linaje, y la presencia de su mano traspasada era el testimonio de una expiación que la pintura del lienzo prolongaba a los ojos de todos, un siglo y otro siglo, después de la muerte de la prelada.

Siempre podría ser interesante el motivo de aquella herida que atravesó la piadosa mano cuando no era todavía piadosa. ¿Qué drama, qué tragicomedia tal vez, tenía en sus episodios el de aquel lance singular? Pues así era, en efecto; que algo de trágico y algo de comedia hubo, andando el tiempo, en el acaecimiento que hizo pasar con una espada la mano de una dama que supo abrir muy luego las puertas del divino amor o, por lo menos, del humano olvido.

Vivía en la villa de la Vega, en tiempos del prudente rey D. Felipe, el mayorazgo de aquel señorío, joven, rico y feliz, dueño de viejo solar, hombre de buena hacienda y dichoso en los cinco años que llevaba de matrimonio, y durante los cuales era por aquellos días, a mediados del mes de febrero del año 1562, cuando por vez primera veíase privado de la compañía de su amantísima esposa.

Francisca Fernández, que este era el nombre de ella, había emprendido, por causas familiares, un viaje, ausencia que ya duraba dos semanas, en las que don Félix de Vega, que así se llamaba el hidalgo montañés, vivía fastidiado en medio de sus prosperidades y sin poderse acostumbrar a la falta de su excelente compañera; no era el cuidado de sus bienes, ni el cariño a sus tres hijos, ni mucho menos la contemplación de aquel admirable paraje en que tenía la fortuna de vivir, lo que pudiera distraerle de su accidental viudez.

Solía D. Félix, cristiano y devoto caballero, acudir todas las tardes en ora-



ción a la capilla de la Virgen de la Vega, y aquella en que, tras de quince días de alejamiento de su mujer, subía una vez más a buscar un consuelo espiritual a aquel forzado apartamiento, vióse sorprendido por un extraño clamoreo que venía de la parte del santuario. Pronto vió salir del sagrado recinto un grupo de aldeanos, en medio del cual una joven que llevaba un niño de pecho entre sus brazos procuraba defenderse del embite y de los improperios de aquellos encolezados.

—¡Fuera la gitana! — clamaban furiosamente aquellos hombres.

La muchedumbre había aumentado y otras voces se levantaban airadas.

—¡No pueden entrar en la iglesia las gentes condenadas!

—¡Hermanos! — gritaba entretanto, suplicante, la joven —, yo no soy gitana ni condenada. Si mi marido no es cristiano, yo sí lo soy, y no me podéis impedir que venga a la casa de Dios a pedir el bautismo para mi hijo.

Y la muchedumbre repetía:

—¡No hay sacramento para ti!

Iba ya la pobre madre a ceder a la fuerza de aquella gentualla hostil y abandonar aquel lugar sin insistir más en su propósito, cuando vino a aparecer en el umbral de la puerta del templo un viejo sacerdote, de aspecto venerable, y revestido de sobrepelliz, con lo que la desgraciada perseguida se abalanzó hacia él, segura de encontrar un refugio y una defensa contra la furiosa turba. Era aquel también el preciso momento en que D. Félix de Vega llegaba hasta la cumbre del altozano de la iglesia, y deteniendo, ante la presencia del clérigo, el impulso que le llevaba a contener el tumulto, quiso ver en ese punto el desenlace que podía tener el acontecimiento.

Reprendió severamente al sacerdote al tropel de vocadores, e imponiéndoles el silencio la autoridad de su voz, pudo interrogar a la desgraciada que pedía el bautismo para su hijo. Requerida dulcemente por el capellán, hubo de contestarle que se llamaba Juana Valdés, y que era mujer de un gitano errante como ella. Era española y creyente, y aunque su marido no comulgaba en la religión de Jesús, ella quería que su hijo recibiese el agua purificadora.

Contestóla el clérigo que aun cuando ella tampoco fuese cristiana, no era un obstáculo para que su hijo pudiese serlo, pues que la fuente bautismal está abierta para todas las criaturas de Dios. Consolóse y cobró grandes ánimos la malaventurada escuchando tan gratas palabras, y el capellán continuó su ministerio dirigiéndose a los aldeanos y haciéndoles saber que la única manera de borrar la falta que habían cometido injuriando a la pobre mujer era bendecir ellos mismos al niño a quien acababan de maldecir.

—Escoged entre vosotros — les dijo — un padrino y una madrina.

Entonces pasó por el dolor de ver que aquella gente fanática e inhumana, al oír sus palabras llenas de caridad, volvíanle la espalda y marchaban hacia el pueblo, murmurando, ya que no se atrevían a seguir haciéndolo en voz alta, sus maldiciones contra la infeliz.

Una mujer, gallardísima amazona, llegaba en aquel momento junto a la iglesia, y tuvo tiempo de oír la desoída súplica del sacerdote, quien repetía, indignado:

—¿Pero es posible que todos os vayáis? ¿No quedará, cuando menos, una mujer, una madre, que tenga compasión de esta hermana suya?

Fué entonces cuando la recién llegada, cuyo porte y atavío hacían ver en ella a una dama de calidad que pasaba de camino, echó prontamente pie a tierra, y dirigiéndose al clérigo hubo de decirle:

—Yo seré la madrina de este niño.

A lo que don Félix, que había presenciado con horror la estúpida fuga de los aldeanos y veía a aquella desconocida anticipándose a manifestar una resolución análoga a la que él había determinado ya, acompañó la declaración de la hermosa caminante, diciendo él a su vez:

—Y yo seré el padrino.

Mucho había podido la natural humanidad en el ánimo del caballero para adoptar la resolución aquella; pero otro sentimiento, muy humano también, había ayudado a don Félix de Vega en aquel instante, holgándose de unir un acto de bondad en la compañía de aquella hermosísima mujer, cuyo rodrigón había quedado respetuosamente atrás y esperaba destacado la orden de seguir a su señora.

Entraron en la iglesia y fueron dadas a vuelo las campanas. Celebróse el cristianismo de la criatura, y su nombre de Félix Pablo Valdés quedó inscrito al lado del de don Félix de Vega y el de doña Paula de los Montes. Grande pesar fué, sin embargo, para el padrino comprender que prontamente habría de apartarse de su lado su gentilísima comadre, y halló en su liberalidad el socorro para detener la marcha de la admirable viajera.

A la entrada del pueblo alcanzaron a los aldeanos que poco antes gritaban como energúmenos, y don Félix puso a prueba la rectitud de sus conciencias, invitándoles para el día siguiente a una gran comida con que obsequiaría al pueblo para celebrar el bautismo del hijo de Juana Valdés. No era, ciertamente, el deseo de regalar a aquella turba grosera y brutal lo que movía el impulso generoso del señor. Ello no fué sino el pretexto de poder volver a ver a su hermosa comadre, obligándola a diferir la continuación de su viaje para asistir al otro día a la comida, donde no podía excusar su presencia.

Aceptaron los aldeanos, cambiando sus alaridos de antes por otros de contento, no menos despreciables y brutales, y don Félix saboreó el placer de esperar para la siguiente mañana la continuación de la inesperada alegría que la llegada de la bella caminante había traído a su espíritu, del cual había desaparecido ya toda sombra de melancolía. Aquel día no contestó a la carta recién recibida de su esposa, y no abrazó a sus hijos con la efusión y la ternura que solía.

Celebróse la fiesta, y la viajera fué agasajada y festejada como una reina en el castillo de la Vega. Don Félix supo con regocijo que su hermosa comadre, la marquesa de la Puebla de los Montes, era viuda desde hacía algunos meses y libre para disponer de su persona. Lo que ya no averiguó con la misma alegría era que se había enamorado de ella y que él, a su vez, no era tan libre como la amazona gallarda y arriesgada.

Sabía Francisca Fernández que don Félix era un hombre tan apasionado como débil, y hacía todo lo posible por abreviar su ausencia, volviendo cuanto antes al lado de su esposo; pero sin ad-

vertirle previamente cuándo había de verificar su regreso, contando con el encanto de sorprenderle y de apagar a su lado un fuegucillo de celos que al verse lejos de él había prendido, sin saber por qué, en su alma.

El mismo día que determinó su vuelta hacia la Vega le escribió anunciándole que todavía tardaría un mes en verle. Pero ella fué la sorprendida cuando, a su llegada al castillo, supo que don Félix había marchado el día antes, sin avisar adónde se dirigía ni dar razón del tiempo que duraría su viaje. Sus hijos habían quedado encomendados a unas fieles criadas, y entre los servidores de la casa se habría ignorado la marcha del señor si él no les hubiera reunido para encomendarles el secreto.

Inquiriendo, investigando con la sagacidad propia de mujer inteligente y celosa, dió en conocer el lance de la capilla y el bautismo; habló con la gitana, por quien supo que la marquesa de la Puebla de los Montes había anunciado su viaje para Madrid, y salió del

valle de Carriedo un día antes que don Félix.

Creyó saber la esposa cuanto le era menester, y después de justificar su visita a la Valdés, dejando un bolsillo lleno de oro para el ahijado de su marido, dióse vuelta al castillo, haciendo apercibir un carruaje y caballos con que disponer una partida inmediatamente.

En una estrecha calle de Madrid, cercana a la Puerta de Guadalajara, conforme se iba de las Platerías a la iglesia de San Miguel de los Octoes, permanecía avizorante un caballero que, desde la sombra en que se guarecía, como satisfecho de aquel cobijo que la noche le daba, procuraba vigilar las entradas de la callejuela para advertir si alguien se le acercaba, y pidiendo al cielo que quien viniese, si inoportuno era, lo hiciese por la parte en que le era fuerza pasar bajo la tenue luz del farolillo de un retablo, que más en verdad señalaba

ba las tinieblas que servía para su desvanecimiento.

Inquietábase ya el que esperaba al ver que nada interrumpía la tranquilidad de aquel paraje, cuando vió pasar bajo el retablo otro caballero, embozado como él y a él muy semejante en la talla y en el porte. Arrimóse aquél al quicio de una puerta, como deseoso de dejar pasar al que llegaba y no ser visto de él; pero halló con sorpresa que vino en su derechura y con voz no muy fuerte, pero sí harto animosa, le intimó para que dijera qué hacía en tal lugar y si esperaba a alguien.

Con más altivez que firmeza respondió el primero, haciendo saber que no pensaba comunicar a nadie su intención, y con energía mayor fué requerido nuevamente, y no sólo ya para que explicase su presencia en aquel lugar, sino para obligarle a que despejara cuanto antes.

—Eso mismo — dijo el interpelado — quiero yo pedir a vuesa merced. Espero a alguien y necesito estar solo.

—También yo espero, y en tal caso, podemos esperar juntamente los dos.

—No lo querrá vuesa merced, porque no lo querré yo.

Y así diciendo, dió al aire su espada, con lo que fué al punto imitado por el otro. Acometieron con más furia que destreza, y fué breve el combate. Uno de los caballeros acababa de dejar caer la espada al enorme dolor de sentir atravesada su mano por el arma de su adversario. Entonces el vencedor, llegándose a su oído, le dijo estas palabras:

—Marquesa de la Puebla de los Montes, hemos luchado como hombres verdaderos. Tened siempre presente que os ha herido en la mano la mujer a quien quisisteis herir en el corazón.

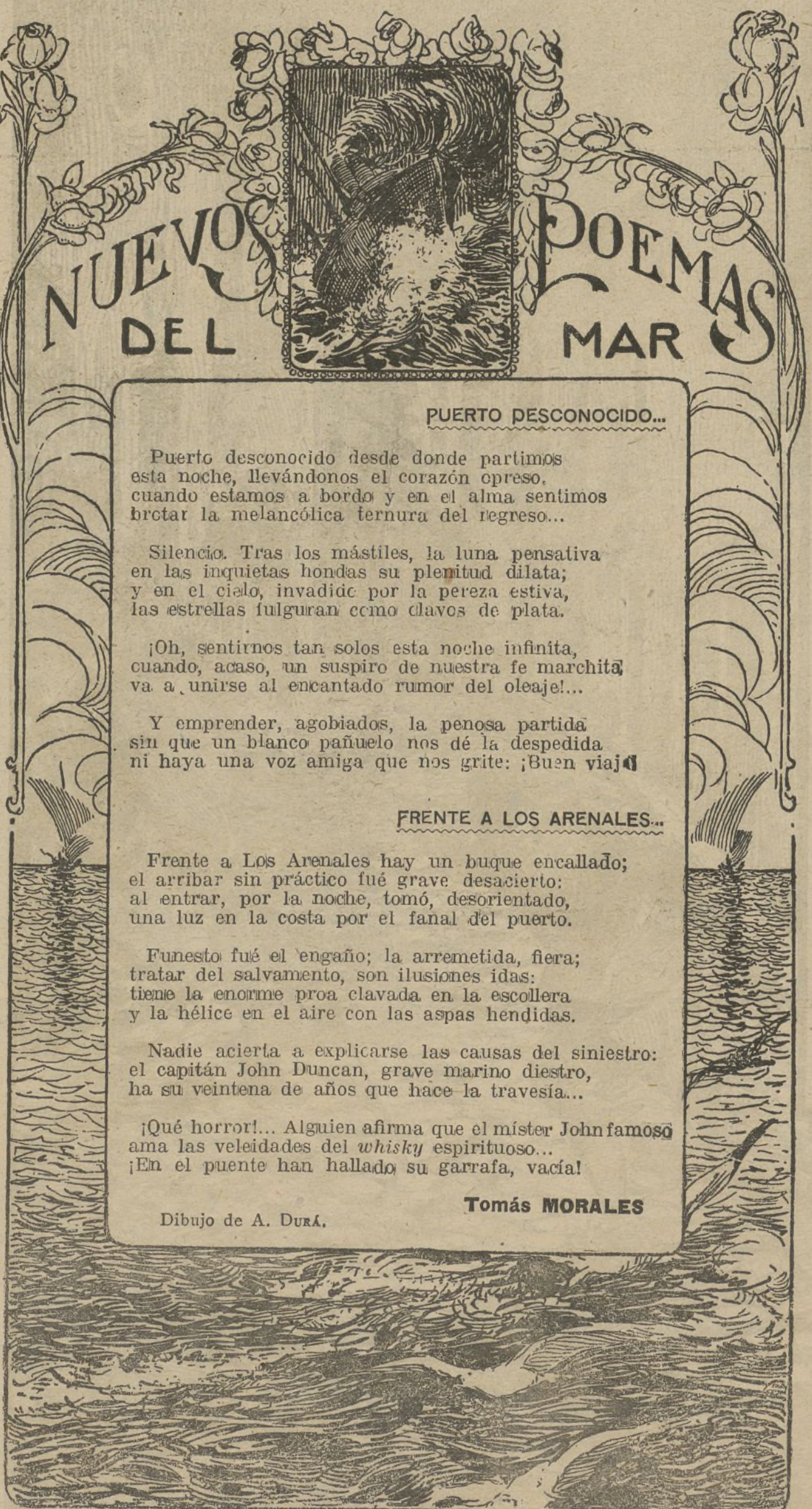
En aquel momento, Francisca Fernández reconoció a su marido en un tercer embozado que penetraba en la calleja. Y abandonando a su rival, echóse amorosamente al cuello del turbado D. Félix, que, sin explicarse bien por qué encontraba a su mujer en lugar de otra que buscaba y a quien debía hallar en la misma guisa de atavío varonil, dió por bien empleado y terminado el encuentro, dejándose abrazar y sin más averiguaciones ser conducido hacia la inmediata calle Mayor, del brazo de su esposa, cuyo ánimo resuelto parecía dispuesto a repetir las glorias heroicas de la Monja Alférez y se adelantaba en más de un siglo a los famosos arrestos con que en la Francia de Luis XIV había de asombrar a las gentes la señorita de Maupin, que, vestida de hombre, se batió una noche a la salida de un baile con tres caballeros y los mató a los tres.

La marquesa de la Puebla de los Montes, vencida, más que en el cuerpo, en el alma, no tardó en entrar en religión; y llegando a ser la abadesa de su convento, fué retratada haciendo ver la cicatriz de su mano derecha, con que una espada vengadora, al señalar su carne, la señaló el camino de una perfección espiritual.

Y la reconciliación de D. Félix de Vega con su mujer dió a Madrid la gloria de que, nueve meses después, a fines de noviembre de aquel año de 1562, naciera de Francisca Fernández el más preciado de sus hijos, Félix Lope de Vega Carpio, quien holgábase de que a expensas de su familia se hubiese educado el niño Félix Pablo Valdés, porque llegó a ser un trágico famoso y grande intérprete de las comedias del hijo de su padrino.

El altísimo poeta, que, recordando el dramático episodio que precedió a su existencia, solía referir cómo estuvo en poco el no ser hijo de su madre.

Pedro de REPIDE



PUERTO DESCONOCIDO...

Puerto desconocido desde donde partimos esta noche, llevándonos el corazón oprimido, cuando estamos a bordo y en el alma sentimos brotar la melancólica ternura del regreso...

Silencio. Tras los mástiles, la luna pensativa en las inquietas hondas su plenitud dilata; y en el cielo, invadido por la pereza estiva, las estrellas fulguran como clavos de plata.

¡Oh, sentirnos tan solos esta noche infinita, cuando, acaso, un suspiro de nuestra fe marchita va a unirse al encantado rumor del oleaje!

Y emprender, agobiados, la penosa partida sin que un blanco pañuelo nos dé la despedida ni haya una voz amiga que nos grite: ¡Buen viaje!

FRENTE A LOS ARENALES...

Frente a Los Arenales hay un buque encallado; el arribar sin práctico fué grave desacierto; al entrar, por la noche, tomó, desorientado, una luz en la costa por el fanal del puerto.

Funesto fué el engaño; la arremetida, fiera; tratar del salvamento, son ilusiones idas; tiene la enorme proa clavada en la escollera y la hélice en el aire con las aspas hendidas.

Nadie acierta a explicarse las causas del siniestro: el capitán John Duncan, grave marino diestro, ha su veintena de años que hace la travesía...

¡Qué horror!... Alguien afirma que el mister John famoso ama las veleidades del whisky espirituoso... ¡En el puente han hallado su garrafa, vacía!

Dibujo de A. Duxá.

Tomás MORALES

EL CÁNTICO ESPIRITUAL DE JUAN ECHEVARRÍA

El pintor está ante el modelo: los muros de Avila; el Arenal de Bilbao; un rincón de Montmartre; D. Ramón del Valle Inclán; una mesa con telas variopintas, frutas y flores. Cada pincelada resume un efecto de luz sobre la piedra gris; destaca en la suavidad crepuscular una nota vibrante; remata la composición arquitectónica, refuerza la intención de un gesto, enciende un grito de color. Pero después el cuadro no será

ese éxtasis en que el humano peso corporal se hace ingravido, ese inefable sentimiento de libertad en que el gran arte nos arranca de la fuerza bruta que nos aprisiona en nuestro propio barro, es lo que diferencia la pintura de Juan Echevarría de la *pintura por la pintura* en que alardean vanamente de sus dotes naturales—rapidez de mano, intuición colorista, destreza fácilmente holgazana—la generalidad de nuestros pin-

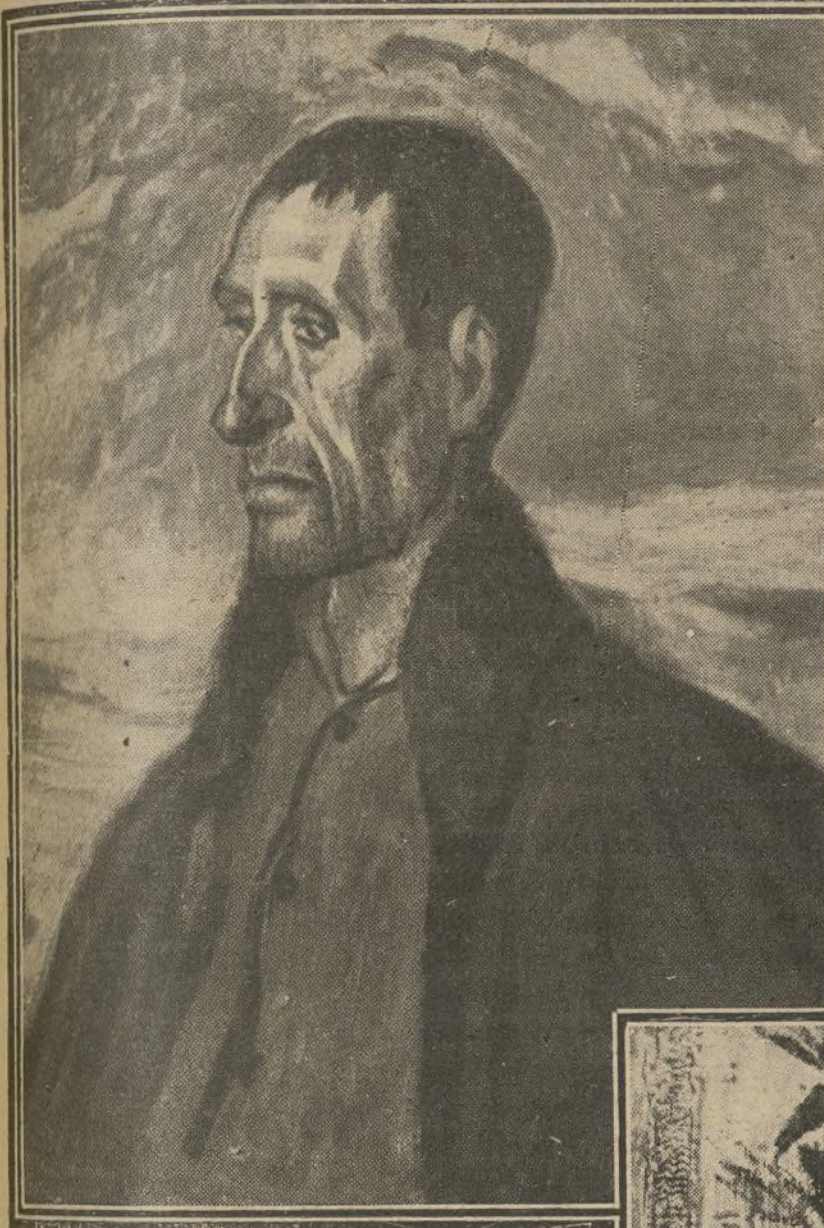
tores. Esa capacidad de emoción, propia del verdadero artista, que preside necesariamente al dominio de cada técnica, es la cualidad que sitúa a la pintura de Juan Echevarría en la gran tradición española, recuperada a través de la caudalosa corriente francesa que riega y sustenta el arte moderno.

¿Pintura literaria? ¿Pintura intelectual o, peor aún, intelectualista? ¿Pintura de programa? No, sino pintura. Echevarría se propone, ciertamente, en cada caso, la interpretación espiritual de la materia; pero no pretenderá nunca representar abstracciones que hallan adecuada expresión en la teoría filosófica, ni menos se dejará arrastrar por el tema pictórico a consideraciones de crítica social. La razón no le servirá, en fin de cuentas, sino para dominar la expansión de sus sentimientos, ajustándolos a los medios propios de su arte; la técnica no absorbe su actividad, ni condiciona su trabajo a la complacencia en el oficio, mas limita su inspiración, depura su instinto, y, haciéndole dueño de sí mismo, le comunica cierta seguridad en su propia fuerza.

Entonces, sujeto al natural, sin deshacer la impresión visual de la realidad, contempla cosas y personas a la luz de su conciencia, y obtiene, reproduciéndolas fielmente en el lienzo, no la copia de una sensación fugaz, sino el trasunto de la sinfonía universal, en cada paisaje, en cada retrato, en cada na-

tura, el carácter con que el retratado se destaca del fondo en que cobra nueva realidad; fondo que no sólo compone y realza la figura con los tonos armónicos adecuados a la luz que le es propia, sino que la envuelve y comenta en el ambiente moral que el pintor la discierne.

Esa facultad esencialmente pictórica de contemplar el natural revélase al espectador de la pintura de



UN SERRANO (AVILA)

simplemente la solución de un problema luminoso, ni el mero detalle colorista o la alusión psicológica. El pintor, en cada modelo, copia el mundo, se propone la expresión lírica de la realidad exterior.

Es decir, que no se da por satisfecho con reproducir en la tela la apariencia con que la vida se muestra a sus ojos; no le basta infundir a sus transcripciones de la naturaleza la perspectiva, la proporción, el peso con que cosas y personas se le ofrecen en un momento dado del tiempo; no se limita a repetir un instante de la gradación de luces y sombras que en el curso de las horas definen y caracterizan un paisaje o una fisonomía humana. Quiere más. Quiere expresar la parte que toma en el inefable concierto de su contemplación.

Porque lo que él pinta no puede ser ya el simple espectáculo de una armonía natural, existente por sí, ajena a la consideración de unos ojos que miren y de una razón que entienda, sino que expresa la emoción experimentada en su ánimo ante el monumento granítico asentado con la gravedad secular sobre la tierra antigua, o ante la figura en que florece la virtud física y espiritual de una raza insigne, o lo que es más, ante el concurso de unos cuantos objetos dispersos, inanimados materialmente, que el vulgo mejor enseñado podrá, en todo caso, apreciar desde un punto de vista decorativo, pero que la intención del pintor escoge, reúne y exalta, prestándoles no ya el color y la forma de una composición armónica, sino nueva vida y aliento creador, la interpretación musical, en fin, de sus contornos, de su brillo, de su luz.

Ese punto de confluencia anímica de lo real y lo lírico; ese temblor espiritual con que la materia empieza a perder volumen y consistencia visibles y palpables; ese humo en que divaga la llama, ese pasmo,



NATURALEZA MUERTA

turalaleza muerta. El pintor parece hacer suya la intención que Verlaine preconizaba en su estética poética (*«De la musique avant toute chose»*), y con ello no diluir la expresión pictórica en la quimera de un afán sin contornos, impreciso; antes bien, determinar, encuadrar la visión en un concepto plástico en que las sensaciones cobran significación musical, merced a las correspondencias de ritmos y tonos con que se concretan en la obra del pincel.

No denotan, pues, sus cuadros ese fácil abandono de la lógica visual que, so capa de pintar *estados de alma*, suprime la necesaria relación entre nuestros ojos y la apariencia exterior del espíritu de las cosas que intenta reflejar. Para hacer un retrato irá primero recabando del modelo la exactitud de los rasgos, la traza de las facciones, el detalle de la actitud. Y una vez obtenidos los documentos materiales, los datos que fijan la imagen en el recuerdo, construirá la persona viva, acusando en su fisonomía, a fuerza de depurar la co-



FRAGMENTO DE «LA MERIENDA»

Echevarría en las *naturalezas muertas* sobre todo, allí donde la espiritualización de la materia no depende de una simple trasposición de valores que atribuya a un cacharro o a una flor transparencia o solidez ajenas a su verdadera calidad, sino que precisamente por querer reproducir sensualmente la consistencia, la suavidad, el matiz, obtiene en el voluptuoso acorde de color triunfante ese sentido incorpóreo en que los cinco corporales se funden.

Retraído del mercado en que se fraguan las opiniones bullangueras, ausente de las Exposiciones oficiales y parquísimo en mostrar la labor producida—sólo se ha visto en Madrid la colección expuesta en el Ateneo hace pocos años—, el nombre de Echevarría no ha trascendido aún al gran vulgo. Menester será que el grupo de sus amigos le incite a turbar con su afirmación *européa* las quietas aguas de la la-

guna en que se refleja la dormida sensibilidad española.

Lejos de nosotros el aconsejar a nadie que rehuya, por seguir las últimas modas impuestas por los marchantes de París, temas de inspiración propiamente castizos, ni que por deslumbrar al aficionado *snob* se pretenda erigir en normas definitivas las recetas de cocina artística con que tantas veces se suplanta, si quiera sea efímera, boga tal, el verdadero descubrimiento, o se finge la nota personal.

Pero de eso a encastillarse en un tradicionalismo falso, hay la diferencia de todo un arte.

Si ha de contar algo la pintura española en el comercio artístico del mundo, tendrá que saturarse del espíritu moderno que le falta.

La labor de Echevarría, aparte su personalidad, es en ese sentido un estimulante beneficiosísimo.

C. RIVAS CHERRÉ

Los Tesoros del Rey

HABÍA en Egipto un rey, el rey Rhampsinit, que tenía un amor grandísimo al dinero. Como le gustaba tanto, no se atrevía a gastárselo en nada. Y como no se lo gastaba, cada vez tenía más; así que llegó un momento en que no supo dónde meterlo. Por eso el rey Rhampsinit pasaba las noches sin pegar los ojos, pensando que podrían entrar ladrones y robarle.

Después de mucho cavilar, llamó a un albañil, y le encargó que construyera un subterráneo donde guardar todos sus tesoros y una puerta secreta en él, invención del rey avaro.

Cuando el albañil terminó su obra, le dijo el rey:

—Si me falta una sola moneda del tesoro, te mandaré prender en el acto y te cortaré la cabeza, porque será señal de que has entrado tú o de que le has dicho a alguien el secreto de la puerta del tesoro.

Con semejante amenaza se guardó muy bien el pobre albañil de contar a nadie lo que sabía; pero momentos antes de morir llamó a sus hijos y les reveló el caso.

Pasó algún tiempo sin que los hijos del albañil cayesen en la tentación de

aprovecharse del secreto; pero un día el hermano menor fué a Palacio, se dirigió a la cueva y, siguiendo punto por punto las indicaciones de su padre, hizo girar la piedra que servía de puerta y se encontró con unos salones inmensos, llenos de sacos de oro.

Cogió un par de ellos; cerró al salir, lo mismo que había abierto al entrar, y se fué a su casa corriendo.

Iba contentísimo, porque pensaba que con aquel dinerillo tenía más que suficiente para poner algún negocio y hacerse una fortuna. Pero los negocios hay que hacerlos en grande para que den buen resultado, y ya, de llevarse el dinero del rey, debía haber cogido lo necesario para asegurarse el porvenir.

En vista de eso, volvió al subterráneo del palacio, cogió otros cuantos sacos—cuatro esta vez—y se marchó a su casa como el primer día, sin que nadie le descubriese.

No tardó en ir gastando más dinero del que pensaba. ¿A qué pasar apuros, después de todo; si era tan fácil reponer lo que gastaba?

Los dineros de los seis sacos se acabaron más pronto de lo que podía pensarse. Volvió por una media docena de sa-

cos, y todavía duraron menos que los otros!

Entonces trató de convencer al hermano pequeño de que debían ir los dos para cargar con más dinero y que les cundieran más los viajes.

Fueron, efectivamente, ambos hermanos, y se llevaron ocho sacos cada uno.

Esta vez el rey se quedó extrañado al entrar en el subterráneo. Eran muchos sus tesoros; pero la memoria del avaro era mayor aún que su fortuna, y en seguida notó algún cambio extraño en su escondrijo.

Astuto, y decidido a descubrir a los ladrones, ordenó los sacos de oro en forma de triángulo, de tal modo y manera, que se descomponía la figura en cuanto faltara un solo saco.

Esperó el rey unos cuantos días, sin que notara variación en el tesoro, porque los hijos del albañil no habían agotado todavía el contenido de los últimos sacos. Pero una mañana entró, ¡y en efecto! allí habían entrado ladrones y se habían llevado una cantidad considerable.

Furioso el rey, y no contento con buscar nuevos cerrojos secretos para el subterráneo, echóse a pensar un ardid para descubrir al ladrón y poderle prender vivo.

Encargó para esto un cepo, y él mismo lo puso, disimuladamente, a la puerta de la cueva.

Pasados unos meses, volvieron los dos hermanos al escondrijo de palacio con las mismas intenciones de siempre. Entró el mayor primero, y, al dar el primer paso, quedó cogido en la trampa de hierro, sin posibilidad ni esperanzas de escaparse.

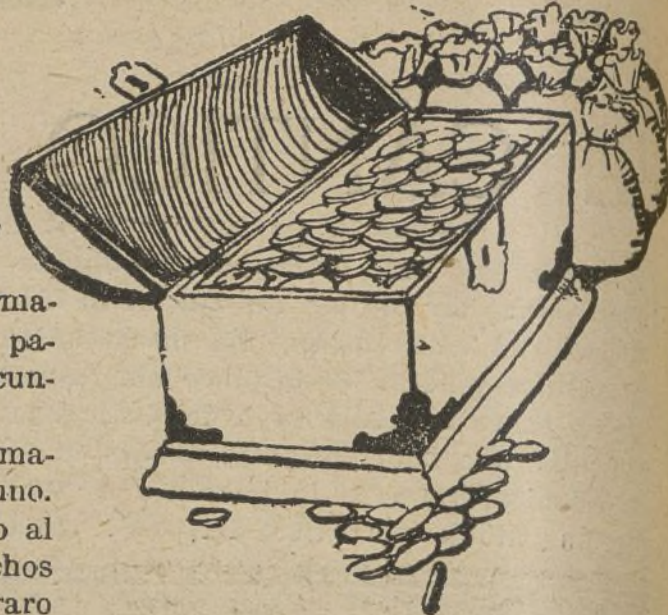
Entonces dijo al otro:

—Córta-me la cabeza, hermano. A mí ya no me queda salvación, porque no puedo escapar de este cepo. Pero si el rey descubre que hemos sido nosotros los ladrones y que conocemos el secreto, no te salvarás, tú tampoco; moriremos los dos, y nuestras mujeres se quedarán sin nadie que las ampare. Córta-me la cabeza y llévátela contigo, para que todo quede oculto y tenga el castigo sólo yo, puesto que sólo yo soy el culpable.

Trabajo le costó al hermano pequeño hacer lo que le mandaba su otro hermano; pero, al fin, no habiendo mas remedio, lo cumplió.

Cuando se encontró burlado el rey y comprendió que había un cómplice, y que el cómplice estaba libre, cayó en un ataque de furia y juró, perjuró y retejuró que descubriría a los ladrones.

Para ello mandó que llevaran el cuerpo del degollado a las murallas de la ciudad, seguro de que la familia iría por allí para recoger el cadáver y enterrar-



lo, y podría así descubrir la pista de los ladrones.

No iba descaminado el rey: cuando la mujer del muerto supo que estaba el cadáver de su marido en las murallas, fué a decírselo a su cuñado para que él viese la manera de darle sepultura sin que se enterara el monarca.

—Descuida, que lo haremos—dijo el mozo—. Y cogiendo seis asnos, cargó a los seis de pellejos de vino y se fué hacia el sitio de las murallas donde estaba el cadáver de su hermano.

Al llegar muy cerca de allí desató la boca de unos cuantos pellejos, de modo que el vino se vertía, corriendo por la tierra, y comenzó a dar voces.

—¡Ay, mi vino! ¡Que se me vierte el vino!...

Los soldados del rey, que estaban escondidos cerca del muerto para descubrir a los que viniesen a llevárselo, salieron de su escondrijo al oír aquello del vino, y haciendo como que ayudaban, se bebieron el mosto que se escapaba de los odres, en vez de remediar el desvío.

El mozo, en vez de enfadarse, lo echó a broma, y, haciéndose el campechano, dijo a los soldados:

—¡Ea, compañeros; de perdidos, al río! Perdida media carga, bebámonosla toda. Y abrió los restantes pellejos, uno tras otro, hasta que el contenido de ellos pasó al cuerpo de los soldados, que rodaron por el suelo como cubas.

Hecho esto, afeitó media barba a cada uno de los soldados y se llevó el cuerpo de su hermano sin que los guardianes, durmiendo la borrachera como troncos, pudieran enterarse de nada.

Al día siguiente, cuando el rey se vió burlado de nuevo, tuvo un ataque de cólera tremendo; pero luego lo pensó mejor y se dijo:

—El que sabe librarse con tanta habilidad no debe de tener un pelo de tanto. Más me servirá de amigo que de rival, y más vivo que muerto.

Y mandó a un heraldo para que fuese por la ciudad y por todo el contorno anunciando que el rey perdonaría al culpable si se presentaba en palacio.

El mozo, entonces, compareció ante el rey y le refirió cuanto había pasado. El rey le oyó con atención, y, abrazándole, le dijo:

—Ya sabía yo que los egipcios son los hombres más listos de la tierra. Pero tú ganas a todos ellos en ingenio y quiero que tengas la recompensa que mereces.

Entonces le casó con su hija, y vivieron felices hasta el fin de sus días.

EL ABUELO

Dibujos de BARTOLOZZI.

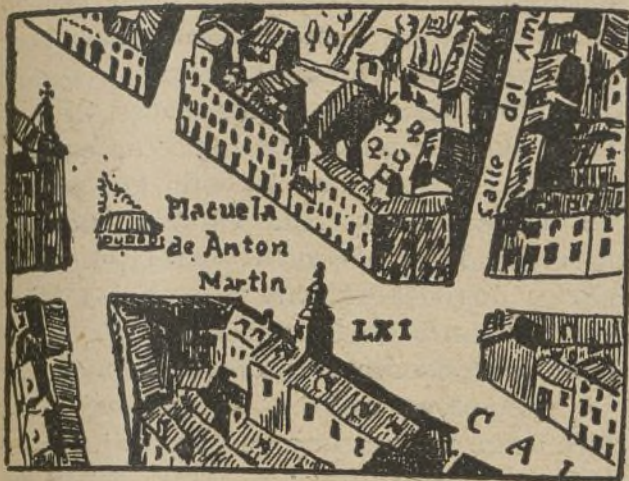


MADRID QUE
DESAPARECE

LA PLAZA DE LA REPÚBLICA

La plaza de la República, que está en la calle de Atocha, fué fundada en la época de Felipe II, por un hombre que, cansado de ser malo, acabó haciéndose santo.

Es la plaza de Antón Martín.
Una pura ilusión, a la que damos rea-



LA PLAZA DE ANTÓN MARTÍN EN 1656 SEGÚN EL PLANO DE PEDRO TEXEIRA

lidad para justificar la rotulación de sus esquinas y de algunos de sus faroles.

No tiene numeración propia, ni la ha tenido jamás, porque se la ha considerado siempre como parte de la calle de Atocha.

Nominada en honor del venerable Antón Martín — una bala perdida del siglo XVI —, a quien transformó en asceta y santo el célebre San Juan de Dios, no ha respondido la plaza a la paz y la santidad que por su nombre creían deber demandarle ciertas gentes.

El primitivo espíritu del venerable — antes de serlo, naturalmente — y su ánimo pendenciero y rebelde echaron rai-gambre en ella, sin dejar, casi desde que comenzó a ser plaza, que la tranquilidad reinase en sus ámbitos.

Cuando primeramente fué bautizada, las riñas de los trajineros, de día, y los escándalos por la noche de las mozas alegres que vivían en la llamada después calle del Ave María, no dieron al lugar edificación alguna, y le costó gran trabajo promoverla al beato Simón de Rojas, aun contando con el auxilio del monarca.

Antes de transcurrir un siglo, el hospital de la Corona de Aragón, instalado casi frente del edificio por Antón Martín, duplicó el dolor en el término, añadiendo en el lugar más miserias de la carne enferma a las que ya curaban los hijos de San Juan de Dios, y a las de las almas en pecado que, al parecer sin remedio, quedaban en el centro de la plaza entre las dos piadosas fundaciones.

Escuchando los gritos y los ecos de aquel horroroso concierto expiró el poeta Guillén de Castro, que por caridad encontró un asilo en el piso segundo de la iglesia de Monserrat, donde estaba el hospital de aragoneses, catalanes y valencianos.

En el siglo XVIII, colocada en la plaza la Fontana de la Fama, que hiciera Pedro Ribera, el lugar tan santamente nacido fué palenque de amor de las mozas de cántaro y un mentidero del pueblo contra todos los favoritos de la corte. Allí, en 1766, empezó el motín contra Squilache, defendiendo los hombres y las mujeres, contra la guardia, a un infractor del bando que prohibía llevar el sombrero gacho y la capa larga.

Modernamente, en fin, en la pasada centuria, la plaza del venerable hospitalario fué el asiento, la cuna, el hogar y el horno de todas las revoluciones acaecidas en Madrid. El reloj de San Juan de Dios, uno de aquellos treinta, que había en la coronada villa, como el de «La

Señorita», de Venecia, dió a veces la señal para la revuelta, y la famosa fontana sirvió en tal caso de vigia para espíar los rebeldes a los restauradores del orden.

Toda la historia a seguir es reciente y conocida.

El sitio se ha transformado por completo. El hospital de San Juan de Dios, trasladado cerca de la Plaza de Toros, ha dejado un solar en litigio y el templo primitivo, donde los sucesores de Antón Martín descendían de cuando en cuando a la cripta para orar por el venerable.

La iglesia de Monserrat y hospital de la Corona de Aragón ha dejado otro solar.

Amplia y grande aquella iglesia, contando con dos torres magníficas y so-

sillos del chaleco llevaba el elocuente tribuno.

Rivero había dicho la verdad. La iglesia era, con efecto, amada de los revolucionarios, aun perteneciendo al Real Patrimonio y quizá por eso mismo. Era un lugar estratégico para resistir en la lucha, y ofrecía, además, el obligado camino para la fuga en caso de defección, por disponer de una salida a la calle del León y otra a la del Amor de Dios.

La fontana que hoy se yergue bajo Rosales, cerca del Parque del Oeste, al desaparecer de la plaza le ha quitado todo lo pintoresco y animado que tenía. En ella se encaramó no pocas veces un joven tuerto, picado de viruelas y bien vestido, para arengar en los días revolucionarios a las masas antonmartinescas.

de D. Ricardo, y muchos otros que se disputaban a la salida de clase montar en los delfines de piedra, a trueque de mojarse los vestidos y provocar las iras de aquellos colchoneros que hacían de la acera de la iglesia su «bolsa de contratación».

La casa de Santiso, gran centro republicano, refugio de los rebeldes vencidos, ha desaparecido también. En sus sótanos se decía que los republicanos tenían un cañón desde el año 67. El cañón no estaba allí, sino en una casa de enfrente, en la calle de la Magdalena. Procedía del desarme de la Milicia nacional, y no servía para nada.

Todo ha cambiado de un modo radical, como cumplía a un lugar revolucionario.

Aquel barrio cerebral de poetas, escritores, políticos, cómicos, santos, místicos, arrebozados, mujeres bravías y resueltas, ya no es el barrio de los poetas, ni el hogar de revolución alguna. Los mismos toreros sólo de paso aparecen allí.

Por allí han pasado todas las revoluciones. Yo vi la última desde los balcones de Monserrat el 19 de septiembre de 1886, cuando los sublevados por Villacampa bajaron hacia Atocha. La plaza no se conmovió mucho ni poco, y los vecinos de la iglesia no oyeron en aquellos instantes ni el galope de los caballos. Unos momentos después se enteraron algunos; pero antes, lo que cautivaba la atención en la casa era una lección que estudiaba el maestro Villa, ignorado aún, desconocido todavía, y ahora director de la Banda del Municipio.

Cuando la piqueta hizo caer el templo de Monserrat, el último inquilino que abandonó el inmueble fué el tesorero de la República, D. Ruperto Jacinto Chavarri, que tenía la droguería y el despacho central de su agua purgante, contra todas las revoluciones de la sangre, en la planta baja del edificio.

Los manes de la Revolución están tranquilos. Las sombras de «El Carbonerín», Becerra, Carlos Rubio, Rivero, Díaz Pérez — o «Nicolásón», el venerable oso blanco de la República —, Romero de Quíñones, Casero, Villacampa y tantos otros, han sido barridos sin piedad...

La revolución anda ahora en la plaza por el subsuelo, por obra del Metropolitano Alfonso XIII.

Rafael URBANO



LA FUENTE DE ANTÓN MARTÍN.—DIBUJO DE ROUARGUE

berbias campanas, era menester, sin embargo, que un monaguillo agitase una campanilla a la puerta del templo para llamar a los fieles a misa, porque no se oían las campanas en la plaza.

Los vecinos republicanos — todos ellos lo eran — miraban a la iglesia con respeto y con cariño, recordando que sus bancos servían para las barricadas en las revueltas, y que el lugar se convertía luego en obligado hospital de sangre.

En uno de tantos motines, Nicolás María Rivero se presentó al rector, que lo era por primera vez el bendito D. Francisco Besalú, para tomar el templo en defensa del pueblo, advirtiéndole que no pasaría nada, porque él era «respetuoso cristiano y la Revolución quería a la Iglesia».

—Bien lo veo, señor; ya lo dicen esos escapularios — contestó el buen sacerdote señalando las dos pistolas que en los bol-

Vestia excepcionalmente bien entonces, pues, pordiosero por fuera y principesco por dentro, aquel republicano de veras, pero de una república italiana del Renacimiento, se disfrazaba de elegante en las solemnidades del pueblo para oficiar en la obra democrática. Era el célebre Carlos Rubio un Alfredo de Musset de la República; el más ingenioso de sus periodistas y el más desaharrado de sus hombres. Sus enemigos dijeron que al pedir a Prim ser embajador cerca del Vaticano, el conde de Reus le contestó:

—Bien; pero siempre que te laves las manos. Y cuando eso llegue...

En esa fuente me he subido yo.

No es una vanidad recordarlo, porque ese honor lo tuvieron todos los chicos que estudiaban en el «Colegio de Galán», situado encima del café de Zaragoza: Jacinto Benavente, Antonio Palomero, Ventura y Enriquito de la Vega, hijos



PORTADA DE LA IGLESIA DE MONSERRAT

IMPRESIONES DE UN LECTOR

NOVELAS Y NARRACIONES

Sienkiewicz.

Aquí tengo dos pequeños volúmenes de traducciones de literatura eslava: uno de Andreiev y otro de Sienkiewicz; pero no hay entre ellos ninguna comunidad específica. Rusia y Polonia, en su natural primitivismo étnico, proyectaron sobre su literatura la influencia de dos medios políticos bien diversos. Polonia, desgarrada, subyugada bajo un despotismo extranjero, en ocasiones feroz, excitada por el recuerdo elegíaco de su tradición, produjo una literatura nacionalista y popular. Rusia, en su estepa mística, soñando por liberaciones utópicas, sometida a la tiranía de un régimen de casta, produjo una literatura de tendencia universalista y humana. A pesar del valor innegable de la nota local como elemento de belleza artística, creo que las literaturas particulares sólo alcanzan la suprema intensidad cuando se elevan a valor humano. Así Ibsen, así Tagore.

Enrique Sienkiewicz no fué nunca un poeta intenso. Su nombradía se debió, como es sabido, a una novela de tópicos universales, *Quo Vadis*. No participo del desdén, exagerado por contragolpe del éxito, con que ha sido juzgada luego esa famosa galería de pinturas históricas, a veces algo Museo Grévin, o de figuras de cera. Pero el resto de la producción de Sienkiewicz, traducida al amparo y como séquito del *Quo Vadis*, y bajo el reclamo del premio Nobel, no alcanzó nunca verdadera estima literaria en nuestro Occidente.

La Biblioteca Nueva acaba de darnos ahora la traducción de *Hania* (por Leo Bronstein). Narración viva, interesante, a veces animada por rasgos intensos de carácter; pero nunca superior a la categoría de amenidad; su desenlace, singularmente, pertenece al antiguo repertorio sentimental.

Completan el volumen otras dos narraciones: *Orso*, impresión californiana, inspiración de viajero, cuyo mayor interés está en el contraste entre la naturaleza del autor y la del medio; y *El manantial*, verdadero *scherzo* de novelista, ajeno a toda trascendencia, a toda intensidad.

Andreiev.

El volumen de Andreiev (traducción N. Tasin) es de índole muy diferente. La primera novela que comprende se titula *Judas Iscariote*. Esa estilización de un carácter histórico plasmado eternamente como personificación de maldad, es fiel a la narración evangélica. Recuerdo haber leído alguna otra versión de Andreiev sobre la muerte de Cristo, y haber encontrado en ella cierta ironía a lo Queiroz que no he hallado en esa *etopeya* de Judas.

La segunda novela del volumen me ha interesado más; se titula, simplemente, *El gobernador*. Narración palpitante, muy rusa y muy humana, en la cual se debate una cuestión que para mí no puede ser más vital: la conciencia de responsabilidad ética en el atropello político; el remordimiento del funcionario que asesina al pueblo en nombre de un sistema, y viola la ley con la excusa de garantizarla. En esas páginas nobles, de una actualidad eterna, encuentro al vigoroso Leonidas Andreiev que describió aquella inolvidable y espeluznante agnía de *Los siete ahorcados*. Lectores, los que poseáis el volumen que comento, abridlo, por ejemplo, en la página 113, y decidme si en esos párrafos no está el testimonio de uno de los mayores sarcas-

mos de nuestra sociedad: la inversión de valores que ha convertido lo que debió ser elemento de espiritualidad y perdón en ministerio de crueldad y dureza. Un fuerte anhelo de generosidad se desprende de ese episodio; por la palabra de esa alma selecta se levanta la acusación de la plebe doliente, en su ignorancia cuidadosamente fomentada por los poderosos, que alimentan con ella su dorada usurpación... El inconfundible eco tolstoyano resuena, como un gran latido, sobre nuestra lectura. Y nuestra pluma pone un rasgo de silencioso escolio al margen de algún pasaje como éste:

«Cinco años antes, y en el segundo del desempeño de sus funciones, había mandado que se azotase a los campesinos de Zenivief. Entonces también recibió un voto de gracias y las felicitaciones de sus jefes. Su hijo Alejo Petrovich fué considerado desde entonces en San Petersburgo con los miramientos que merecía por el extraordinario temple del gobernador, y el joven avanzó rápidamente en su carrera.»

Pero no olvidemos que eso acontecía en Rusia; y que ese monstruoso equívoco entre la moral política y la vulgar, por el cual el asesinato en la una era acción meritoria en la otra, fué expiado luego por una lección histórica terriblemente ejemplar...

La última narración del volumen, *Sergio Petrovich*, es un suicidio romántico, provocado por la lectura de Nietzsche en una conciencia ante la cual se revela el doloroso contraste de una voluntad sobrehumana con unos medios menguados, ineficaces. Sergio Petrovich es lo que llamaría mi querido Santiago Rusiñol un *ave de barro*.

Permitid que os transcriba ese pensamiento exactísimo: «Pensaba que si apareciera en el mundo un nuevo profeta, éste debería hablar una lengua desconocida para que todo el mundo lo entendiese»

Stevenson.

Pero abramos ahora un libro bien diverso, perteneciente al grupo humano más apartado del esclavismo. Se trata de dos novelitas de R. L. Stevenson, traducidas por Carlos Pereyra. Graciosas, llenas de *humour* ligero, ágiles, de lectura interesante y halagüeña. La primera de ellas, que da nombre al volumen, *Las tribulaciones de un joven indolente*, es de un acentuado *britanismo*. He aquí una verdadera novela «ejemplar»; lectura para uso de un pueblo de eternos niños grandes, o escolares de la vida práctica, ritmada por el *cant* y la interpretación a veces rígida y literaria de la *ley*. Pequeña tragedia ciudadana que transcurre en una jornada de *Christmas* nevado y doloroso, sobre un espíritu agobiado por la proscripción de la *Casa*, esa fortaleza familiar británica... Pero sin contaros el asunto de la obrita no podría decir más...

Al mismo género pertenece la otra novelita: *Historia de una mentira*. Excelente pintura de carácter la de ese parásito *Van Tromp*. Vagamente Dickens. Por cierto que ahí he señalado, en cierta página, un párrafo que me recuerda aquella conocida imagen final de un discurso de Lloyd George, magnífico de veras: «¿Acaso no veía el pastor en días claros las refulgencias del mar, desde aquel picacho que se levantaba como un dedo hacia lo infinito?»

Es la parábola del *padre pródigo*, irónica inversión de términos familiares. Pero... leedla también, lectores míos.

Puedo, sin remordimiento, recomendarosla.

Wilde.

Vaya, en fin, para final de mi crónica de hoy, una nota dedicada al tomo IV de las Obras escogidas de Oscar Wilde, traducción Garduño, editadas por la misma Biblioteca. Ese volumen comprende el *Huerto de Granadas*. Teníamos ya de él, en castellano, una traducción debida al profesor Emeterio Mazorra, con un prólogo de Díez-Canedo. Esta nueva traducción incluye el cuento titulado *El retrato de Mr. W. H.* Difícilmente, entre las obras de Wilde, encontraréis otra más sugestiva, en el sentido de revelar la norma de la extraña psicología del autor. Es una estilización maravillosa del secreto, algo tenebroso, que late en los célebres sonetos de Shakespeare. Como en todo Wilde, se cierne sobre esa narración la sombra de unas alas de arcángel réprobo, antes de la caída, cuando la belleza todavía intacta empieza a difundir su aura de inquietud morbosa... Las acostumbradas paradojas, a veces cínicas, salpican esas páginas: «La buena presencia tiene más importancia que la bondad.» «Es cosa estúpida dar consejos; pero dar buenos consejos es absolutamente fatal.»

Siempre, junto al personaje central, idealista, ingenuo, el confidente negro, el lord Henry Waton de *El retrato de Dorian Gray*, reencarnación de Mefistófeles o de Vautrin. Anoto una curiosa concomitancia entre uno de los sonetos de Shakespeare y la *Paradoja sur le*

Comedien, de Diderot, sobre la necesaria insensibilidad del actor, opuestamente al precepto de Horacio: *Si vis me flere...*

Nota.

Mi querido e ilustre amigo Díez-Canedo, en el último número de la revista *España*, recoge la alusión que hice en estas páginas a las supresiones de Rubén Darío al editar en volumen su *Epístola a la señora de Lugones*. Y señala, de paso, modificaciones que yo no cité. Por cierto que, si no envolviera cierta petulancia, me atrevería a decir que la corrección de San Antonio por San Francisco al evocar el recuerdo de las palabras dirigidas a los peces, le fué indicada por mí al gran poeta, cuando noté la equivocación, leyendo la *Epístola* en estos LUNES. En cambio, no me atreví a indicarle otra corrección necesaria, que deberá salvarse en las futuras ediciones de *El canto errante*, si en ellas se conserva el prólogo; no me atreví, porque se trataba de un pasaje referente a mi persona; en una alusión a la muerte de Ganivet se habla del Volga en vez del Duina...

Lo que sí puedo afirmar rotundamente es que siempre oí al poeta decir *divino*, y no *felino*, en la rima que incomprensiblemente han falseado las ediciones de *La bailarina de los pies desnudos*. Siempre que recito o leo esa bella poesía digo, como es natural, *divino* y no *felino*, en el tercer verso. La repetición de la palabra *felino* es, efectivamente, absurda.

Gabriel ALOMAR

LA VIDA EN CÓMICO

UNA CASITA EN LAS AFUERAS

SE ha desarrollado entre los madrileños la afición al campo. Un poco difícil era y es traer a éste a plena Puerta del Sol; y por eso ha sido necesario reformar lo de «ya que la montaña no viene a Mahoma, será Mahoma el que vaya a la montaña», e ir a buscarlo a su propio domicilio, situado, por regla general, en las afueras, ya que nuestras autoridades municipales han sido tan malas organizadoras que no han sabido meter el campo dentro de la ciudad. ¡Hay torpezas verdaderamente inconcebibles!

Ahora, con esta nueva afición que entre nosotros se ha despertado, es enorme el número de individuos que aspira a tener su correspondiente casita en las afueras, pensando, de paso, que así se *chincharán* los caseros del casco y que ellos podrán darse tono ante las amistades contando lo delicioso que es poseer un hotel del extrarradio y por las noches no andar preocupado con la busca y captura del sereno. Ya es mucha la gente que vive en tales condiciones. Servidor, sin ir más lejos. ¡Y si vieran ustedes lo agradable que es que le despierte a uno el gallo, que con su canto parece decir: —¡Eh, ciudadano: a levantarse ahora mismo, porque tienes que ir a Madrid, que está a bastantes kilómetros de tu cama!

Al principio se reniega un poco de vivir así, pensando que los que en Madrid se quedaron y viven en sus céntricas calles pueden abandonar el lecho más tarde; pero ese efecto pronto pasa, ante los comentarios y consejos de las gentes.

—¡Ah, la gran vida que debe usted llevarse allí! Eso es muy sano, y antes de un año se ha puesto usted extremadamente fuerte.

Claro está, que si entre los propósitos del habitante de la casita de los alrededores entrara el de dedicarse a luchador

o simplemente a mozo de cuerda, su contento, ante semejante afirmación, sería enorme; pero, por regla general, no es así. Y poniendo una cara muy triste, que quiere ser la de un hombre convencido, replica:

—¡Ah, sí, indudablemente! ¡Pero si viera usted que en mi programa de vida no figura el de levantar pesos superiores al de una cajetilla de 0,60!

Mas es innegable que la casita en el campo tiene infinitos encantos que desconocen los hombres de las ciudades. Estos son seres atrasados, retrógrados, que se pasan la vida soportando la atmósfera malsana de los cafés y discutiendo de política o de si Belmonte vale más que Sorolla y viceversa. En cambio, los otros, los otros, los que como yo nos encontramos frente a la Naturaleza, sabemos y gozamos de una porción de cosas que los demás no. A ver: ¿qué compañero de profesión domina la vida interna de las gallinas? ¿Quién sabe cuándo hay que sembrar los alhelíes? Yo no lo sabía antes, ni estoy muy seguro de saberlo ahora; pero, de todos modos, tengo una superioridad agrícola que chafaría a los escritores y periodistas que sólo dominan el salón de conferencias o los saloncillos de los teatros. Porque, no hay que darle vueltas: habitar en las afueras, y sentirse atraído hacia las plantas, sean de flores o de hortalizas, es todo uno. A mí mismo me sucede que paso por la plaza de la Cebada y veo un montón de coliflores, y me siento atraído por ellas como si quisiera reconocerlas por haberlas visto salir de la madre tierra. Y esto no me negarán ustedes que es un encanto, por muy hombres de ciudad que sean. Además, habitando en poblado, la vida es de cierta maldad, que no puede conocerse en el campo, donde las costumbres son verdaderamente patriarcales y hacia las cuales se siente uno inclinado;

...sin mostrar el menor empeño en ello. ¿Cuándo iría uno a comprar determinadas cosas si continuara siendo compañero de vecindad del conde de Limpías? Jamás. En cambio, viviendo fuera y teniendo necesidad de venir diariamente a Madrid, surgen los encargos familiares de los que se quedan, y no hay otro remedio que darles satisfacción y cumplirlos.

—Cuando vengas a la noche, tráete medio kilo de merluza, que aquí no hay, y entra mis proyectos que mañana la almorcemos a la vinagreta.

Fieles a nuestro papel de vecinos del extrarradio, antes de regresar a la casita en el campo, nos metamos en la pescadería y pedimos el encargo marítimo que nos hizo la familia.

—¿Merluza? Sí, señor. ¿La quiere usted abierta o cerrada?

—¿Caray! He aquí una complicación con la que no contábamos, porque hasta entonces sólo habíamos tenido relaciones con el simpático pescador estando él en el plato y nosotros armados de tenedor; pero como no es cosa de incurrir en las iras de los que nos esperan con la merluza, regresando sin ella, adoptamos una resolución heroica y decimos:

—Venga cerrada, y sea lo que Dios quiera.

Recibimos el paquete y salimos airoso de la pescadería, y hasta miramos despreciativamente a los transeúntes, como diciendo: —¡Bah! Son seres pusilánimes que no se atreverían a comprar merluza y no sabrían decidir sobre las ventajas de estar cerrada o no.

Ahora que sucede a veces que cuando vamos con el paquetito nos encontramos con un amigo que, apenas nos huele, nos dice:

—¿Qué tal por San Sebastián?

—¿San Sebastián? No sé.

—¿Cómo? ¿No ha regresado usted de un puerto de mar? Pues querido, estar a su lado da la sensación, por el olor, de que está uno entre rocas y al borde de las olas.

Y es que la merluza, encargo de la familia, nos hace aparentar lo que no es. Pero esto no tiene importancia. ¡Oh, la vida en el campo! ¡Oh, la casita en las afueras! Si éstas estuviesen enclavadas

en la Puerta del Sol serían, francamente, deliciosas. Lo malo es que pillan un poco extraviadas.

A. R. BONNAT

LECTURAS

El ilustre ex ministro y periodista don Baldomero Argente ha reunido en un tomo, que titula *El ocaso de un mundo*, varios estudios y artículos, entre los que hay algunos tan interesantes y de palpitante actualidad como *La plétora nacional*, *La batalla de los obreros*, *Los derechos del trabajo*, *La utopía revolucionaria*, *Socialismo y georgismo* y *La mendicidad*.

El Sr. Argente, con gran elevación de ideas, aborda en estos trabajos el problema de la reforma social, rindiendo tributo a las doctrinas de Henry George.

Admirablemente editada por la Casa Saturnino Calleja han publicado los ilustres doctores Julián y Santiago Ratera una notable monografía, titulada *Röntgenterapia profunda*, acabado estudio no sólo de la transformación que los rayos Röntgen han producido en la Medicina, sino de las nuevas perspectivas y orientaciones científicas que con su empleo se vislumbran y que determinarán en lo ulterior asombrosos progresos.

Jean de Gourmont, hermano del insigne literato y entusiasta de España Rémy de Gourmont, ha comenzado a editar una publicación, que lleva por título *Revue Gourmontienne*, en la que el director se propone dar a conocer toda la

labor literaria de su hermano y toda la documentación bibliográfica que tiene relación con el glorioso escritor. Por el interés documental y el buen gusto y modernidad de la presentación, *La Revue Gourmontienne* tiene derecho a una preferente atención por parte de los admiradores de la labor realizada por el maestro.

Hemos recibido las rapsodias extremas *El mijaón de los castúos*, que han bastado para consagrar como admirable poeta a Luis Chamizo, de quien ya en otra ocasión hemos hecho el debido elogio.

Don Victoriano García-Martí, autor de notables obras jurídicas, sociales y literarias, ha publicado *Caracteres de la vida social y mundana*, breves artículos de fina observación y aguda sátira y de extraordinaria amenidad.

La «Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho» nos envía varios tomos, en los que se recopilan las obras de Juan Stepanich.

Con el título de *Las espontáneas* acaba de publicar el brillante escritor Manuel Ugarte una colección de tipos femeninos, admirablemente estudiados.

El director de *América Latina* y secretario de la revista *Hispania*, distinguido hombre de letras D. Ventura García Calderón, ha dado a la estampa, en primorosa edición belga, sus últimas manifestaciones literarias. En el bello volumen ha recopilado el autor

trabajos en prosa y verso, en donde aparecen claros y patentes su exquisito sentir y la finura y sutileza de su estilo.

La Biblioteca Nueva ha editado *Héroes y mártires de la revolución rusa*, por N. Tasin.

Don Fidel Pérez-Minguez, bien conocido por sus publicaciones de carácter legislativo, acaba de dar a la estampa una interesante novela, titulada *La mujer y el vidrio*...

Traducida por Cansinos Asséns, con el escrupulo y la maestría a que tan acostumbrados tiene a sus lectores el notable escritor, acaba de ponerse a la venta la admirable novela póstuma de Tolstói *Caudillo tártaro*, en que brilla con intensos fulgores la última llamarada del genio del apóstol ruso.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

GRAFICO-HISPANO
FOTOGRAFADO

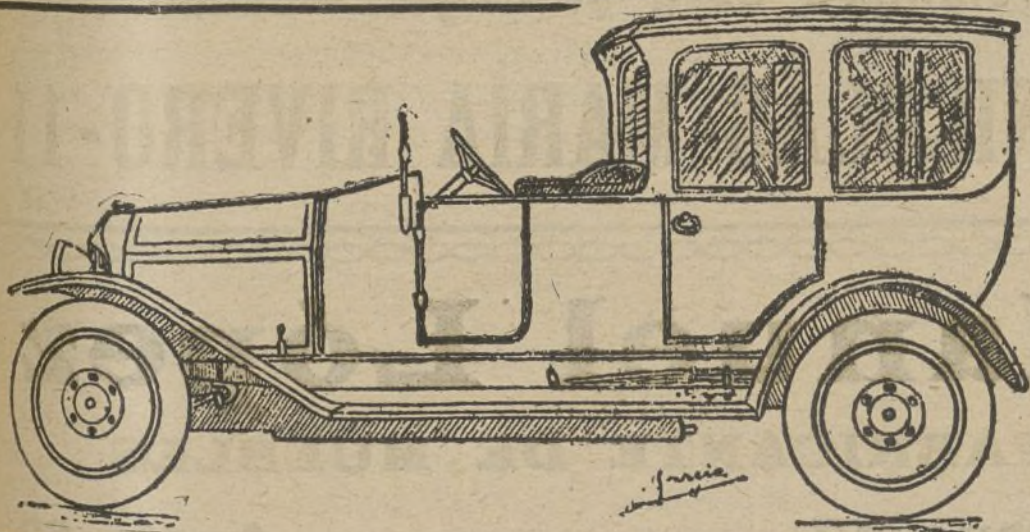
ARTE GALILEO 34 TELÉFONO J. 859

CARNE LÍQUIDA

DEL DR. VALDÉS GARCÍA DE MONTEVIDEO

TÓNICO-RECONSTITUYENTE
= PODEROSO NUTRITIVO =

INSUSTITUIBLE PARA ANEMIA, DEBILIDAD NERVIOSA, CLOROSIS, TUBERCULOSIS, NIÑOS RAQUITICOS Y CONVALESCENCIAS



Antes de adquirir un coche le interesa a usted conocer las inmejorables cualidades de los

AUTOMÓVILES D. F. P.
LAINÉZ-GARCÍA Y COMPAÑÍA
LUCHANA, 12

Cubiertas de cristal sin masilla sistema ECLIPSE



Juan Donate y Franco (GIJÓN) Representación de Madrid: Costanilla de los Angeles, 13

AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

ARTRITICOS **REUMATICOS**



RENOSEPTINA
ELIMINADOR ENERGICO DEL ACIDO URICO

A. E. G. Ibérica de Electricidad. S. A.

Dirección-Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Sucursales: Madrid. — Barcelona.
Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.
— Zaragoza. —



Grandes existencias recibidas recientemente de Alemania en

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO



ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA
FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152. 4, Puerta del Sol, 4.



Fachada principal del Hotel de París.

CALLOS


Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MAGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébelo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



¡¡EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

Manuel López
FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 Ayala, 60

GRAN HOTEL PARÍS
OVIEDO
Asturias -:- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Braserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:
= D. Manuel del Valle Díaz. =